

ALZAGA VILLAAMIL, Óscar (2021): *La conquista de la transición (1960-1978). Memorias documentadas*. Madrid: Marcial Pons. 589 pp. ISBN: 9788413811567.

La Transición se ha convertido en todo un personaje histórico, sustituyendo en la cronología de la historia reciente de España a un tiempo que, siguiendo los criterios de la forma de Estado y de la organización del poder, debería definirse, por razones de coherencia respecto al etiquetado de otros períodos, como la dictadura de Franco sin Franco o la dictadura de Juan Carlos I, al menos entre 1975 y 1978. La Transición es el paso de un estadio a otro, en este caso entendido como la mutación de un Estado de dictadura personal a un Estado democrático. No resiste historiográficamente su elevación forzada a la categoría de período histórico autónomo, salvo que, como proclaman los *transiciólogos* oficiales, se siga considerando fruto de un plan diseñado y previsto y por lo tanto con un contenido repleto de los pasos necesarios y linealmente calculados hacia una desembocadura inequívoca de naturaleza democrática. Esto es, como resultado de un plan previo por insigntes personajes que manejaron los hilos de la trama de manera perfecta y sincronizada. Esta es la versión de que la Transición, como reiteradamente se escucha en focos mediáticos y políticos, y hasta en medios académicos siguiendo a pies juntillas una versión oficial incontrovertible, nada menos, *la habrían traído* el rey Juan Carlos I y Adolfo Suárez. Como un regalo.

El título del libro recientemente publicado por Óscar Alzaga ya desvela

su intencionalidad manifiesta de partida. La Transición no fue un regalo, sino una conquista. No dependió de la generosidad desinteresada de dos personajes, y toda su cohorte de seguidores en el Estado y en Gobierno, que, poniéndose a la altura de su tiempo, supieron ver la necesidad de *pilotar* el país hacia la democracia –no hay una metáfora más desafortunada para interpretar la compleja realidad de España en aquel tiempo– y protagonizar una profunda reconversión de sus ideas al servicio del país, llevando a un pasaje pasivo –el pueblo español– y dependiente de su pericia a los mandos de la nave para aterrizar en el punto de la pista previamente marcado y auxiliado por los controladores de la providencia. Esto lo digo yo, para completar la idea de que, más allá de un título, el libro de Alzaga propone una manera muy diferente de entender la Transición.

La cronología del libro se estira hacia atrás para argumentar que la Transición democrática no era un proyecto desde dentro del régimen, sino desde la oposición democrática desde tiempo atrás, que se inicia en la década de los años sesenta, no porque arrancara aquí sino porque el autor traza el proceso con su experiencia personal sobre la que edifica el libro, para pararlo en 1978. Es decir, la columna vertebral son sus memorias retratando sus vivencias personales como hilo conductor, pero matiza: documentadas. Memorias de protagonistas sobre este período hay muchas, pero no traspasan el umbral de la memoria selectiva, con recuerdos apilados, sin pretensiones de objetividad, que precisan del tamiz de la crítica historiográfica para contrastarlas con la

realidad y traducirlas en fuentes veraces de información. Las memorias de Alzaga pertenecen a otro género, allí donde la memoria dialoga con la historia, al tener como objetivo de la narración no la justificación de su periplo personal, sino el de proporcionar al conocimiento público pasajes de un período singular y complejo de la historia de España, entre 1960 y 1978, entre la dictadura y la construcción del Estado democrático, que difícilmente pueden ser reconstruidos al haber sido destruidos miles de documentos ya irrecuperables para la historia. Es otra de sus intenciones. Escribir sus *Memorias* para denunciar la quema de documentos desde los poderes de la dictadura, usurpándolos para siempre al conocimiento público y mutilando la historia, e intentar suplirlos con lo que él vivió y protagonizó sobre fundamentos empíricos. Es un protagonista acreditado y un testigo de excepción, pero, ante todo, su rigor académico como catedrático de Derecho Constitucional le ha llevado a documentar todos sus recuerdos, a través de diversas fuentes de información bibliográficas, archivísticas y hemerográficas, y elevarlos al rango de verdad como pasarela para nutrir el conocimiento histórico, tratando de suplir esa devastadora desaparición de documentos hurtados para siempre a las generaciones futuras.

Recorre cronológicamente en términos secuenciales todo el período. Retrata los años universitarios y la disidencia de los estudiantes que convirtieron a la Universidad española en el principal quebradero de cabeza del régimen, con sus actividades personales como líder de los estudiantes

democratocristianos y representante como delegado de todos los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, amparado por su vocación europeísta y sus estrechos contactos con el mundo europeo occidental. Con ello, aborda la lucha contra el SEU y las actividades contestatarias de la organización Unión de Estudiantes Demócratas. Después se detiene en su papel como responsable de la colección de estudios de la editorial Cuadernos para el Diálogo, y analiza los conflictos del régimen con el catolicismo conciliar en la segunda mitad de la década de los sesenta. A estas alturas la Universidad ya había agrietado los muros del régimen, hecho demostrado con el estado de excepción de 1969, con el destierro del protagonista, ya joven profesor universitario. Abre los años setenta con las contradicciones del «régimen», la evolución de la democracia cristiana y su inequívoco proyecto democratizador de naturaleza europeísta. Con la muerte de Franco estudia un período de incertidumbre, que no esconde la continuidad que las gentes del régimen quieren dar a la dictadura. Este es el período, 1975-78, más importante de la aportación de Alzaga al vivirlo de cerca formando parte de las fuerzas políticas de la oposición, de la secuencia de negociaciones políticas y de la configuración de la coalición electoral Unión de Centro Democrático. En todo ello subyace intencionadamente, además del discurso de la conquista de la democracia arrancada a los hombres del régimen, la reclamación de un espacio en la historia de Transición para la democracia cristiana no franquista, que procedía

de la oposición democrática según las pautas europeas, traspasando la idea de que la oposición solo procedía de las formaciones políticas ya veteranas de la república y de la guerra civil. Cierra sus recuerdos documentados escrupulosamente, casi de forma obsesiva, en 1978. Y dado su protagonismo posterior habría sido deseable desplegar sus vivencias e interpretaciones al menos hasta 1982, pero las razones del cierre corresponden a la decisión personal del autor.

La importancia de estas Memorias es el sentido con el que se cruzan la necesidad de fundamentar sobre certezas documentadas el pasado y el papel que corresponde al personaje que lo protagoniza. Estas dos dimensiones en permanente diálogo definen la voluminosa y documentada obra con la que Óscar Alzaga ha tejido, recordando e investigando, la historia de la Transición democrática en España. Es un tema insatisfecho historiográficamente, atrapado entre ríos de tinta y de voz vertidos para quedar distorsionado como un período modélico, previsto y planificado, al servicio de interpretaciones retorcidas que vinculan su origen con una salida natural desde las entrañas del régimen –la *ley desde la ley*-. La

Transición no fue el resultado de una concesión desde el régimen a través de un pacto generoso con aquellos que procedían de la oposición. Volvemos a su tesis de partida. Fue una *conquista*. Y a ella hay que añadir que los negociadores desde el poder no tuvieron más remedio que hacerlo si querían mantenerlo. Las condiciones históricas del país y su contexto exterior hicieron irrespirable un régimen ya con pronóstico de caducidad una vez fallecido el dictador. La oposición democrática, muy heterogénea, y en ella la Democracia Cristiana, canalizó la fuerza social de una población huérfana de cultura política pero dispuesta a cambiar el paso de la historia de España.

No son tanto unas memorias como un diálogo impecable entre vivencias personales y el contexto histórico en el que se desarrollaron. Es cuando la memoria documentada se transforma en historia y cuando su protagonista y autor ya tiene el lugar adecuado en ella, aunque por el momento esté incompleta a la espera de que pueda obsequiar al conocimiento público la siguiente etapa.

Jesús A. Martínez

*Universidad Complutense de Madrid*